

## CONVERTIR LA POBREZA EN RIQUEZA, CONVIRTIENDOSE A LA POBREZA

**En la línea del pensamiento mounieriano sobre la imposibilidad de divorciar la revolución espiritual de la económica, el autor apuesta por tender vínculos fraternos con los desheredados del testamento capitalista: los viejos, los extranjeros, los refugiados, los parados, los pobres, los enfermos físicos y mentales. Sin componendas, sólo cabe un camino, el de encarnarnos en el rostro concreto del otro, en un acto volitivo de amor.**

**Por Carlos del Arroyo**

**D**ejadme que ante el asunto de la pobreza intente yo por una vez y con absoluta osadía comenzar estas palabras arreglando a mi modo, o más exactamente desafinando, sobre libreto ajeno, el sentimiento de un poeta que sintió la condición de pobre en lo más hondo de su ser, el poeta León Felipe. Permitidme, pues, la osadía a su costa:

Hoy tenéis que perdonármelo todo  
Soy un poeta imprudente y temeroso  
Que ha cumplido cien años esta noche  
y ya hiberna.

Sed piadosos y dejadme seguir,  
pues un día el viento, cansado de tantos cronicones,  
de tantas mentiras propias y ajenas,  
—sobre todo propias—  
soplará malhumorado borrando todas las huellas  
de la Tierra.

Tal vez aquel día se salve sólo la canción.

Nunca ha habido poetas.

Esta vieja canción la escribe el viento.

Y la Poesía, la gran Poesía, como la gran Historia,  
la seguirá haciendo también, eternamente, el Viento.

Pero en el mar amargo e infinito,  
en la historia dolorosa del Hombre,  
y en la canción eterna y anónima del Mundo,

habrá una gota perdida de mi llanto,  
una lágrima mía.

Esta lágrima será mi cédula, mi pasaporte  
y mi carta pordiosera de naturaleza.  
Por esta lágrima me conocerán ya para siempre  
las constelaciones y los hombres,  
y con esta cédula me abrirá sus puertas el Mundo  
—sin bisagras ni cerrojos—  
por donde se entra a navegar en los espacios infinitos.

He aquí el talismán... con este pobre talismán  
iré en busca de mi Dios,  
fuera de la madeja de los siglos  
y al otro lado de la última lágrima del Mundo.

### POBREZA EVITABLE

Hay momentos en que no me considero digno, por ejemplo perorando sobre pobreza, no solamente por el hecho obvio de que no soy físicamente pobre (aunque si lo sea en otros terrenos), sino también porque los más pobres apenas hablan. Hablar de pobreza, en efecto, es cosa que rara vez se permiten los pobres mismos; cuanto más pobres —en todo caso— menos locuaces. Decía Kierkegaard que el Héroe Ético se comunica con su pueblo mediante extensos discursos, tras los cuales viene el aplauso de sus seguidores, mientras que el hombre religioso guarda silencio, porque sólo con Dios se comunica en lo profundo. Empero, quizá en eso del silencio se hermanen el religioso y el pobre, porque este último lo más que sabe hacer es pedir, dejar caer unas cuantas palabras monótonas y lastimeras, para volver al silencio del que había partido: Era silencio y polvo, y al silencio incomunicado y al polvo torna.

Pero ya que —indignamente— hablo de los pobres, ¿qué podré decir? Lo primero, distinguir entre pobreza evitable y pobreza inevitable.

Me parece que no merece la pena llorar demasiado ante la leche derramada de la *pobreza evitable*: Que a estas alturas finales del bimilenio tres de cada cuatro hombres pasen hambre es algo que sinceramente sólo puede explicarse diciendo que los seres humanos somos tan perversos, que ningún animal nos sobrepasa a gran escala en crueldad; por desgracia, las antropologías pesimistas encuentran aquí su justificación empírica.

Para mayor vergüenza, los grandes países que expolian y exportan miseria hacia el exterior mientras derrochan lujo en su interior (¿qué otra cosa que exportar miseria y derrochar riqueza insolidaria es el capitalismo, aunque nos le pinten como el menos malo de los sistemas posibles, cosa que yo no creo, a no ser añadiendo que sería el menos malo posible para un hombre dispuesto a ser lo máximamente malo de que es capaz?) son católicos o protestantes, a excepción del Japón, y viven en democracia.

Cuanto más derrochan los unos, menos tienen los otros, porque aquel de-

troche del rico surge del robo al pobre. La maldad de este sistema es tan grande (la suya y la de quienes nos beneficiamos de él sin oponer gran resistencia o sin querer arriesgar), que pese a todo cuanto pueda hacerse contra él, «sólo Dios puede salvarnos» (Heidegger). Ante mal tan grande las Teodiceas preguntan: ¿Por qué no nos salva Dios?, «Mis lágrimas se han hecho mi pan de día y de noche, mientras se me dice continuamente: ¿dónde está tu Dios?» (Sal 42, 11). «¿Por qué tienen que decir los paganos: ¿Dónde está tu Dios?» (Sal 79, 10; 115, 2), a lo que muchos hombres responden con el corazón duro («sklerós tes psijés»: Gregorio el Taumaturgo: *Elogio del maestro*. Ed. Ciudad Nueva, Madrid, 1990), otros muchos actúan escépticos, los terceros se despiden con meras palabras, y unos pocos con palabras hechas obras abiertas al Dios Bueno.

Existen, quizá, sistemas económicos mejores y peores, pero el mejor de ellos será siempre pésimo si no vive animado por voluntades humanas que asuman aquella convicción que constituye el núcleo del personalismo comunitario: «Yo quiero ser bueno, yo amo el ser más que el tener, yo veo en el otro a un tú para mí, que es a la vez un fin en sí mismo». Y aunque esta opción muchos la rechacen, e incluso la ridiculicen como utópica e ingenua, es la opción que sin excluir los mejores medios técnicos podrá darles vida exigente, pues la revolución será a la vez material y espiritual, o no será en absoluto. *Y sólo así podrá llegar el día en que al levantar la vista veamos un mañana que supere la pobreza evitable.*

Pero quien desee cambiar el corazón y la mente habrá de bifurcar en su vida cotidiana abandonando la vieja conducta, y esto a su vez no podrá hacerlo sin convivencia, orientando ahora por vez primera su vida en comunidad desde la crítica al poder y desde la solidaridad respecto de los que por no tener poder se abruman en la impotencia; dicho de otro modo, experimentando que *el poder no es malo, cuanto más mejor, pero compartiéndolo, poniéndolo a disposición del común, organizadamente*. No todo poder corrompe, como indiscriminadamente se dice; sólo corrompe el poder que no se comparte (del mismo modo que, en el extremo opuesto, la muerte sería la carencia de algún tipo de potencia o poder). Cuando el creyente confiesa su credo «en Dios Padre Todopoderoso» está a la vez agradeciendo que ese su divino poder se haya derramado en favor del hombre, por mediación del Hijo.

### CULPABLES ANTE LA POBREZA

Está además la *pobreza inevitable*: «Pauperes habebitis semper vobiscum», siempre tendréis pobres con vosotros y en vosotros mismos, siempre —como consecuencia de vuestro pecado de origen— padeceréis dolor y sufrimiento en vosotros, nunca coincidiréis con vosotros mismos, la no-identidad y la extrañeza y la finitud que os llevará a morir serán vuestra diaria compañía; como escribió en el Madrid de 1920 el poeta León Felipe:

«¿Qué más da ser rey  
que ir de puerta en puerta?

¿Qué va  
de miseria a miseria?

«No es lo que me trae cansado  
este camino de ahora.

No cansa  
una vuelta sola.

Cansa el estar todo un día,  
hora tras hora,

y día tras día un año

y año tras año una vida

dando vueltas a la noria».

Ahora bien, esta pobreza inevitable tiene dos direcciones; por una parte la *finitud*, con sus secuelas de ignorancia, limitación e incapacidad; por otra la *culpabilidad*, que consiste en querer hacer el mal o en no poner los medios precisos para hacer el bien. De todas maneras, una brumosa y tenue frontera, un campo móvil y en desplazamiento, a veces consciente y otras no, separa a la par que anuda finitud y culpabilidad, no resultando fácil juzgar sobre el hombre precisamente por ello. Esto no significa que falten voluntades a la vez lúcidas y perversas; por ejemplo, hoy andan sueltos muchos delincuentes que son el resultado de haberse creído y asumido a cualquier precio la información y la propaganda competitivas diseñadas por manos aparentemente blancas e inocentes.

Habida cuenta de lo dicho, algunas de las formas de pobreza son resultado conjunto de finitud y culpabilidad:

a) *La vejez*, consecuencia de la imparable finitud. ¿no conlleva culpable invalidación cuando no es acompañada?

b) *La extranjería*, connatural al advenedizo. ¿no desemboca frecuentemente en racismo cuando se utiliza culpablemente para marginar al forastero?

c) *El paro*, subproducto de la competitividad, las diferencias de inteligencia, de extracción social, y hasta de infortunio ¿no se convierte en culpable costumbre insolidaria que des-ampara al parado?

d) *La enfermedad, física o mental*, tan omnipresente en el mundo, ¿no degenera culposamente en una sociedad darwiniana donde los minusadaptados son abandonados a su desgracia?

e) *La pobreza física* ¿no se torna empobrecimiento y depauperación expoliadora por la culpable predación de unos hombres sobre los otros?

Hay mil formas de pobreza, donde finitud y culpabilidad se concitan, resultando a veces difícil arrojar la primera piedra, lo que se convierte a su vez en coartada: «Entre todos la mataron y ella sola se murió». Porque lo cierto es que el pobre *nos da miedo*, he aquí una *fenomenología de nuestra relación con el pobre*: Huele mal, camina torpemente o no lo hace, pide permanentemente

ayuda, apenas sabe hablar, no está entre el círculo de nuestras amistades, resulta un elemento perturbador de nuestras buenas digestiones, quizá muerda la mano con que le alimentamos, puebla de tristeza el lugar en donde se presenta, cuantos más pobres socorremos más vienen, nos agobian, nos deprimen, acaban con nuestra esperanza, en una palabra, nos empobrecen más de lo que somos capaces de enriquecerles.

Quizá por todo ello sean tan pocos los que aguantan a pie enjuto el tirón de la pobreza ajena haciéndose voluntariamente pobres para — con los pobres mismos— trabajar contra las estructuras sociales de opresión/explotación sin dejar de pedir y sin dejar de confiar en la gratuidad. Y quizá también por ello, más que por maldad de corazón, muchos acaben luchando contra la pobreza haciendo obras asistencialesburocráticas, las cuales por cierto son necesarias pero insuficientes para quien de veras sienta que la pobreza es o puede ser el lugar del amor fraterno.

## POBRES ESPERANZADOS

No hay más que una manera de convertir la pobreza —la ajena y la propia— en el lugar del amor fraterno: Amueblarla, haciéndola pasar de lo abstracto a lo concreto; como el aprendizaje del amor no siempre se produce de una vez, quizá su progresiva encarnación conste de tres momentos: De la ausencia total de imagen tal y como era al principio («el» pobre) al retrato robot («un» rostro), y finalmente del retrato robot al *rostro concreto* («este» pobre, cuyo rostro percibo porque me es próximo, me convierte a la proximidad).

Claro está que el rostro del otro no me dice nada si yo no quiero que me diga algo; hay incluso quien a la vista del rostro del otro afirma que «prójimo es aquel cuyo parpadeo me molesta», no faltando quienes en el colmo de la perversión afirman que «los débiles deben perecer». Sólo mi *yo quiero* (*yo te quiero*) humaniza el rostro del hombre. Y sólo «arrostro» el rostro del pobre cuando poniéndome «a su altura» comparto su pobreza, así como la rica esperanza que la inhabita, porque los pobres tienen todo por ganar.

Evidentemente nuestro querer así ejercido chocará con los antiquereres del rico, que puede compartir y no quiere, y encontrará resistencias en aquellos que no saben si pueden en el caso de que quisieran, así como en aquellos otros que ni quieren ni pueden porque ya han renunciado a toda posible acción sanadora, produciéndose entonces el *conflicto de voluntades*, al que responderemos colaborando con aquellos que quieren aunque en principio parece que no podrán.

Henos, pues, ante una *voluntad «ingenua»*, que no quiere ser «rencorosa», ni «tramposa», y que asume el riesgo de su compromiso histórico. Sabe, empero, esa voluntad que su riesgo es el cansancio, la dureza agotadora del lento trabajo de lo negativo positivador, y por ende su desmayado retiro a los cuarteles de invierno que, al modo de la hegeliana «alma bella», se recluye en sí misma porque ya no cree en la victoria, para dedicarse al esteticismo refinado al margen de lo auténticamente real.



Descubrir la pobreza sin la esperanza conduce al miserabilismo de la pobreza por la pobreza, y en último término al resentimiento: sólo con la esperanza adquiere la pobreza carácter profético y revolucionario. Por eso solamente los *pobres esperanzados* son a la par capaces de crítica desmitificadora y de superación no resentida. Y la verdad es que sin una esperanza en un Dios de los Pobres no parece que dure mucho el voluntarismo del Héroe Ético, a lo sumo dos siglos, desde el 1789 hasta el 1989, fecha de la caída del Muro de Berlín.

Desde la Ilustración, y especialmente a partir de Kant, ha venido planteándose la cuestión de la pobreza: ¿Caminamos hacia mundos más pobres, después de la pobreza viene la pobreza, o por el contrario hay que esperar que el progreso nos haga cada vez mejores y cada vez más solidarios por voluntad humanitaria? Sabido es que hubo respuestas para todo: El marxismo prometió un «paraíso en la tierra» y concluyó en el imperio vampirizador de Draculescus innumeros; menos optimista, el capitalismo, a partir de Adam Smith, sólo atisbó imperialismo y competitividad, así como gloria para los adaptados; entre los pesimistas, autores como Stephan Zweig describieron un futuro donde toda actuación correctora deviene entropizadora, introducida de males mayores.

Pues bien: ¿Y si no preguntamos tanto ni medimos tanto los resultados de nuestra siembra y trabajamos más y mejor, estudiamos más, y nos ponemos en las manos de Dios confiando en su amor a los pobres, Dios omnipotente en el Padre y a la vez crucificado en el último y más pobre de sus hijos? En realidad, desde el Madrid de 1991 sólo podríamos repetir el México de 1954 de León Felipe:

Y además los poetas sabemos muy poco.  
Sólo cuando sentimos que se rompe el cerebro  
y se quiebra el salmo en la garganta  
comenzamos a comprender.  
La verdad está más allá de  
la caja de música y del gran fichero filosófico.

**Carlos del Arroyo.**  
Profesor de Bachillerato. Madrid.